

terció en la cesta; se sentó junto á la baronesa, que tomó las riendas y echó una ancha y blanda manta sobre las rodillas.

Los poneys arrastraron como una pluma el elegante carruaje; franquearon con extremada rapidez el trecho de camino hasta el fin de la calzada del estanque. Allí una mano vigorosa los detuvo.

La bella viuda dirigió al rededor una mirada penetrante.

El parque del castillo y el camino estaban completamente desiertos.

La tempestad había convertido el estanque de Langou y todo el valle en un verdadero lago de agua turbia y fangosa.

Rápidos torrentes desaguaban en él, aumentando la profundidad de aquel abismo.

Las esclusas de la calzada estaban levantadas y el agua caía por ellas al Guer, con atronador estrépito.

No se veía un alma.

La baronesa colocó el carruaje bajo los árboles de la calzada.

—¡Pronto!—dijo.

El señor de Vaudrey se horrorizó de sí mismo.

—¡Si viviese todavía...dijo, sería espantoso!

—¿Quiere usted que se siente un Vaudrey en el banquillo? Por un minuto de debilidad se pierde una corona. Dése usted prisa.

Cegó el cuerpo inerte de Ivona, avanzó algunos pasos, contempló un instante aquel rostro angelical, que parecía dormido, lanzó un suspiro, avergonzado

de su infamia, y cerrando los ojos, arrojó el cadáver al estanque.

Cuando se atrevió á mirarlo, era arrastrado por la corriente, y flotaba en dirección á las esclusas.

El duque huyó más pálido que la muerte.

Algunos segundos después galopaban hacia Scaer los caballos de la baronesa.

VII

JOSON CADION SIRVE DE ALGO.

José Cadion ganaba á conciencia su dinero.

Desde su trato con Juan María, el cazador furtivo no perdía la pista de la baronesa.

Saliese á caballo ó en coche, sola ó acompañada, Joson la seguía como su sombra en cuanto franqueaba los linderos del parque.

Pero había días de días. Unos descansados, otros fatigosísimos; unos verdaderos paseos de desocupado, otros carreras de correo en una batalla.

Aquella tarde el trabajo del lisiado había sido rudo de veras.

Cuando la viuda guiaba la cesta con los poneys, marchaba con diabólica rapidez y descansaba un segundo.

Por otra parte, tenía que seguir el camino en línea recta.

La faena era atroz; pero el mozo, picado en la hora, no daba paz á las piernas.

Por más que corrían los ponesys, Joson no se quedaba en zaga.

Saltaba los setos como un gamo, se escurría entre las zarzas, bajaba como un huracán las cuestras, y no dejaba á la baronesa del zancajo.

La había visto entrar en Langou y esperaba su salida, á orillas del estanque, tendido al fresco sobre la yerba, como un buen cicerone en el pórtico de un palacio de Nápoles.

Todo cazador sabe que un hombre se esconde en poco sitio.

Joson, con una zarza ó un agujero, se hacía tan invisible, como si tuviera á su disposición el anillo de Giges.

Cuando la baronesa salió del parque con el duque, el cojo estaba oculto como una nutria entre las raíces de un sauce gigantesco que formaba una especie de gruta en el declive de la calzada.

Gracias á sus andrajos y al tinte terroso de su piel y de su chaqueta, era imposible distinguirlo del lodo en la excavación donde se había cobijado.

Escuché sin moverse el ruido de las ruedas en la arena.

Iba á salir de su escondite, cuando el coche se detuvo á cincuenta pasos.

Metió la cabeza entre las raíces como un caracol en su concha, y esperó con paciencia.

Oyó confusamente algunas palabras y ruido de pasos que se acercaban.

Lleno de sorpresa miró por entre dos raíces de álamo y vió al duque adelantarse con su carga en los brazos.

Aquella carga inerte se parecía prodigiosamente á un cuerpo humano.

Frio sudor inundó la frente de Joson.

Cuando habiéndose detenido el duque á diez pasos de distancia, conoció que el objeto que traía era un cadáver de mujer.

El cojo creyó adivinar el por qué del espionaje que Juan María le había encomendado. El ayuda de cámara presentía los acontecimientos.

Pronto salió de dudas: era testigo de un crimen.

Ante su vista estaba la víctima y los autores.

La falda negra, los zapatos y las medias grises le hicieron estremecerse.

Vió la cabeza, cuando el duque, temblando de emoción, iba á arrojarla al abismo.

¡Era Ivona Rebec y parecía muerta!

El cojo la conocía perfectamente, así como al anciano Rebec, desde hacía mucho tiempo.

El administrador de Plelaultle trataba bien cuando pasaba por el castillo, é Ivona nunca dejaba de darle un buen vaso de sidra, acompañado de cariñosas palabras.

El duque, tras breve vacilación, se decidió de pronto, y encogiendo el cuerpo, lanzó su carga al lago.

Joson sintió impulsos de presentarse, pero hubiera sido peor para la infeliz joven, si aun vivía.

Mientras luchaba con el duque, hubiera desaparecido irremisiblemente.

Limitóse, pues, á seguirla con la vista, dispuesto á lanzarse en su busca, si el duque no se retiraba.

Por dicha, el señor de Vaudrey, espantado y creyendo asegurado el golpe, corrió en busca de la baronesa, que puso los caballos al galope.

Su abominable obra estaba cumplida: así lo creía al menos.

Joson se desnudó rápidamente y se echó al agua para recoger el cadáver de Ivona, que arrastraba con velocidad la corriente.

El cojo nadaba como un tiburón entre dos aguas, para no ser visto por cualquiera que el duque hubiera dejado en acecho.

En algunas brazadas alcanzó á la joven en el momento en que se sumergía é iba á entrar en el remolino de las esclusas y de la alta presa, donde se hubiera hecho pedazos.

Con sobrehumano esfuerzo logró llevarla á la orilla de la calzada, donde la dejó completamente inerte.

Escuchó entonces, como el duque, y olfateó, por así decirlo, los matorrales del contorno por si había enemigos.

Tranquilizado en este punto, volvió á vestirse.

Pero, ¿qué hacer?

¿A dónde llevar la ahogada?

¿Cómo auxiliarla, si aun era tiempo?

No había que pensar en llevarla al castillo.

Según todas las apariencias, allí estaban sus enemigos más orneles.

Job permanecía inmóvil, trastornado ante el misterioso drama de que era único testigo.

Presa de convulsa perplejidad, se golpeaba la frente buscando la idea que no hallaba, cuando distinguió á un hombre que se acercaba lenta é in seguramente hacia aquel sitio, como buscando alguna cosa.

Era el conde Hugo.

Al notar la desaparición de Ivona, el conde había salido á buscarla.

Seguro de que se dirigía á Langou había tomado el camino de este castillo.

Creó verla una vez, pero muy lejos, y hacia una hora que andaba en derredor del parque, esperando hallarla.

—¡Venga usted!...gritó el cojo que salió á su encuentro. ¡El Señor le envía!

El conde corrió tras de Joson.

Al ver á la pobre joven tendida en la yerba de la calzada, creyó en una tentativa de suicidio; pero al rasgar sus vestidos, vió con asombro que tenia en el pecho una profunda herida hecha con un puñal de tres filos.

La caída al agua no mataba á la joven; lo que la mataba era la herida del pecho.

No daba señales de vida.

Sus cabellos, tendidos sobre la yerba, y su lívido rostro espantaron al conde.

Sin embargo, vió que el corazón aún latía.

—¡Vível exclamó.

Practicó, por si acaso, una sangría.

La sangre corrió tibia y roja, é Ivona abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? preguntó.

El conde, arrodillado en la yerba, la tranquilizó, cubriéndola de besos.

—No temas, la dijo, estás en salvo, somos tus amigos.

La infeliz le dió las gracias con moribunda mirada, llena de inefable cariño, y perdió otra vez el conocimiento.

El conde concibió esperanzas de salvarla.

El golpe había sido terrible, y por su aparente dirección parecía mortal.

Joson dió su parecer, que el conde le preguntó con la mirada.

—Hay que largarse—dijo.—El lugar no es seguro.

Principió á anochecer.

¿A dónde ir?

Las casas, excepto el castillo de Langon, estaban lejos.

Había más de legua y media hasta los linderos de Plelau, y la herida no podía resistir las sacudidas del transporte.

El conde hizo que el cojo le refiriese en pocas palabras la terrible escena.

—¿Pero estás seguro de que era el duque?—preguntó.

—Yo estaba en esas raíces; él á diez pasos, y tengo ojos.

—Estás seguro de que la viuda de Bresson le esperaba al fin de la calzada?

—A usted puedo decirselo todo: es usted amigo del barón Noel y de los buenos. Yo no soy rico: me pagan para que siga á la baronesa. Me lo ha encargado Juan Maria. Yo no quería semejante quehacer, pero tengo madre, y me alegro de haber aceptado. Si no esta pobrecilla ya estaria lejos.....

Mostraba al conde las esclusas abiertas, por donde el agua salia con estruendo.

El conde no se distraia de su idea.

—¿La baronesa traia á Ivona del castillo?

—A todo escape, señor.

El conde respiró más tranquilo.

—Entonces tengo esperanzas—dijo.—El no haber muerto en el trayecto indica que ese bandido ha errado el golpe. Quizá podamos llevárnosla sin riesgo.

Pero ¿y la causa del crimen? ¿Y el motivo para herir á aquella inofensiva criatura? ¿Y la razón de asociarse el duque y la baronesa para procurar la desaparición del cuerpo del delito?

El conde lo presumió al momento. El crimen se relacionaba con el que absorbía la atención de su amigo.

Pero ante todo había que retirarse del lugar del siniestro.

—Llémonos á esta infeliz dijo el conde.—Tienes buen corazón y no perderás tu trabajo.

Emprendieron una marcha difícil, llena de angustias y incertidumbres,

Los dos hombres caminaban lentamente, evitando las piedras y las oquedades de los senderos.

Felizmente salió la luna é iluminó su camino.

A veces el dolor de una sacudida arrancaba á la herida un gemido.

Los ojos del conde se llenaban de lágrimas, pero se decía á sí mismo:

—¡Vível ¡La salvaré!

A las tres horas de marcha, con intervalos de descanso, llegaron á un claro del bosque en el cual se veía una ventana iluminada débilmente.

Hacia un cuarto de hora que el conde estaba en sus tierras.

La luz salía de una casa de guarda ocupada por una viuda de cincuenta años de edad, á la que el conde dejaba disfrutar de la habitación y del sueldo del marido muerto tres años antes.

El hijo de la viuda estaba en el ejército, y al licenciarse vendría á vivir con su madre y á ocupar el puesto de su padre.

—Vamos á quedarnos aquí,—dijo el conde.

El sitio era todo lo desierto que puede concebirse en un país civilizado.

Algunos castaños, un huerto cercado de pared y prado con árboles, rodean la casita edificada en pleno bosque.

Un arroyuelo nacido en una peña inmediata,

llena una alberca y sigue hácia el Guer de que es uno de tantos afluentes.

El sitio se llama la Fontana.

El lúgubre convoy se detuvo á la puerta de la casa.

El conde llamó suavemente.

Las personas de la clase de la viuda del guarda no tienen miedo á los ladrones, y menos en el Morbihan, donde son muy escasos.

La buena mujer ágil, erjuta de carnes y arrugada como una manzana, que ha estado todo el invierno entre la paja del granero, abrió en seguida, levantando sobre su cabeza la tea con que se alumbraba.

Al ver al conde, á Joson y á la herida, lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—Ya se lo contaremos, señora Toel; déjenos usted entrar.

—La casa es suya.

La casa del guardia tenía tres compartimientos: la cocina con alcoba y dos cuartos sanos, altos de techo y enlosado con anchas piedras blancas.

—Prepare usted pronto una cama, dijo el conde.

Joson y la señora Toel se apresuraron á arreglar la mejor habitación de la casita.

El conde Hugo reconocía en tanto á su abijada tendida en la cama de la alcoba.

Respiraba pensosamente; su debilidad era extrema y su palidez espantosa.

Pronto pudieron llevarla al nuevo lecho que estaba en un vasto aposento de paredes de granito, con alto zócolo de encina.

Dos toscas sillas como de Iglesia de aldea, una Nuestra Señora de Auray, de yeso, sobre la chimenea de encina; y una mal labrada mesa, obra del guarda en las noches de invierno, eran todo el mobiliario.

Pero toda la casa brillaba de puro limpia.

Ivona estaba destrozada.

Tendida, sin movimiento, parecía sumida en mortal letargo.

Palpitaba su corazón débil é irregularmente. Había momentos en que desaparecía el pulso, como si se suspendiese la vida.

Durante dos horas el conde empleó todos los medios que su vasta ciencia le permitía usar en aquel lugar falto de recursos.

Vendó con ligereza y habilidad, duplicadas por el cariño, las heridas de su ahijada, pero hasta las cuatro de la mañana no consiguió mejoría alguna.

Ivona abrió al fin los ojos cuando la primera luz del alba penetraba en el cuarto.

Vió al conde á la cabecera de su lecho observando con cruel ansiedad todos los detalles de su vuelta á la vida.

En un rincón, la señora Toel, rezaba el rosario fervorosamente.

Joseon, cansado y quebrantado por las carreras de la víspera, roncaba como un órgano en el suelo de la cocina.

Poco á poco volvió en sí la joven y recordó gradualmente todo lo ocurrido.

Un espanto indecible apareció en su rostro al pensar que su amante era el autor de su herida.

Sintió al propio tiempo dolores producidos por la debilidad, y se vió libre, durante un acceso, del hijo causa de su desesperación y de su vergüenza.

—Nos ha matado á los dos—murmuró en los comienzos del delirio.

El conde, solo con la enferma, arrancó de su alma lacerada los secretos que la sofocaban.

Fué como el confesor de la infeliz, y obtuvo por la persuasión los esperados secretos.

Ivona reveló en pocas palabras todas sus faltas, debilidades y penas á aquel amigo leal y cariñoso que la amaba sin mezola de pasión ni de egoísmo.

Al llegar á la escena de la casita rústica, quiso callarse. La dolía acusar al hombre que había alcanzado las primicias de su amor.

Pero el conde empleó su natural ascendiente sobre ella.

—Necesito saberlo todo, dijo.

—Por favor.

—Habla.

—No puedo.

—¿Dudas entre los que tanto te amamos y el hombre que ha sido tu mortal enemigo?

Ivona guardó obstinado silencio.

—¿Le amarás todavía?—dijo el conde.

—Me horroriza, le execro, pero que le acusen otros.

—Bien. Lo haré yo.

Tenia entre sus manos las de la enferma.

—Oye, Ivona: Si te pregunto la verdad de lo ocurrido, es porque interesa á un hombre á quien amo como á un hermano. Se ha cometido un crimen, conocemos al autor; queremos confundirle y hay justicia en el cielo, porque gracias á ti tendremos las pruebas anheladas. El duque no tiene corazón y es capaz de todo, pero no te hubiera herido teniendo como tenia el derecho de arrojarte de tu casa, si no hubieras descubierto el secreto que queremos averiguar y no hubieses llegado á ser un peligro para él y su cómplice. Confiesa que has sabido, por casualidad sin duda, el secreto. El duque ha cometido dos asesinatos. Ha matado primero al baron Santiago Bresson, para casarse con su viuda y alzarase con sus bienes, y luego te ha herido porque podias perderle con una palabra. ¿Es cierto?

Ivona no respondió; por lo cual el conde:

—Por la honra de tu anciano padre—añadió—por la memoria de tu madre, confiesa la verdad.

—Es cierto—murmuró Ivona con voz tan débil que el conde tuvo que aproximar su oído á los labios de la infeliz para percibirla.

—¿El duque asesinó al barón Santiago?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo ha confesado en mi presencia.

—¿Fué su cómplice la baronesa?

—Ella le dió el arma.

—¿Estaba presente la baronesa cuando ha declarado el duque?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la casita rústica de Laugou.

—¿Qué hacias tú allí?

—Habia ido á llevar al duque la carta en que le decia que iba á arrojarme al estanque. No podia soportar mi desgracia y estaba resuelta á morir. No queria verle. Se ha presentado de repente con la baronesa. Me escondí, los he oido, y él me ha descubierto.

—¿Te ha herido entonces?

—Sí.

—¿Y luego?

—No sé más.

—¿Tiene tu carta?

—Sí.

—Todo se explica. La audacia de ese hombre es infernal. Cree asegurada su impunidad.

Ivona nada dijo; cerráronse sus ojos y se durmió aniquilada, pero con sueño casi tranquilo.

Su confesión la libraba de un peso abrumador.

Era de dia y menguaba la fiebre.

El conde dió un beso á su ahijada y pasó á la cocina con la guardesa viuda.

El cojo acababa de despertar. Su cama no era

para tener pereza. Había dormido en el suelo con un troco por cabezal.

—He dormido como un príncipe, dijo.

Sacó de su zurrón de lienzo un mendrugo de pan y un trozo de tocino y almorzó para estar dispuesto á todo.

No andaba ya en tacañerías. Gozaba de la vida como un capitalista opulento. Juan Maria le pagaba diariamente muy buenos escudos que guardaba en su viga, escondite más seguro que las cajas más fuertes.

El conde Hugo estaba sumamente emocionado.

A su inquebrantable honradez, repugnaban y entristecían los horrores de que su amado país, tierra clásica de la probidad y de la buena fe, había sido teatro. Le parecía que pisaba sangre y cieno. Le molestaba el recuerdo de haber estrechado la mano de aquel duque de Vaudrey, autor de tantas infamias, y de haber tenido atenciones y respetos para Luisa Renaud, causa de tales horrores.

—Joson, dijo, te has portado muy bien, no lo olvidaré; pero aun no hemos terminado. Queda mucho por hacer. Los culpables serán castigados. Para asegurar su castigo, es necesario que no se sepa lo ocurrido esta noche.

—Callaré.

—Todo el mundo debe creer que Ivona se ha ahogado en un raptó de desesperación. La pobre tenía sobre su conciencia una falta. Era la querida del señor de Vaudrey.

—Lo sabía.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Al rondar día y noche por la selva, se ven y se oyen muchas cosas. El señor de Langou es un buen mozo..... y las chicas con facilidad pierden la cabeza.

—No se hallará el cadáver de Ivona; pero hay ahogados que no parecen nunca.

—Mucho lo sentirá el pobre Rebec.

—Rebec ha echado de su casa á su hija, y es una gran falta. Hay que perdonar á los hijos, por culpables que sean. El padre espíará su dureza. Yo me encargo de él. Es preciso que no se sepa que hay un enfermo en esta casa.

—Apenas pasa gente por aquí y nadie entrará en casa.

—Bien. La vida de Ivona será de larga y difícil curación. Temo complicaciones. La cuidaré en secreto. La quiero como á una hija. La señora Teel me ayudará. Basta con los dos para este trabajo. Y tú, Job, puedes venir á verla cuando quieras. Te debe la vida. ¿Me prometan ustedes guardar el secreto?

—Haré lo que usted mande, dijo Joson.

Y la viuda del guarda.

—¡No es usted el amo, señor! Bien se sabe que usted no obra mal nunca.

—Vete, pues, á tus quehaceres, amigo mío, dijo el conde, y ni una palabra.

—Está dicho.

—No has visto nada.

—Nada.

—No has oído nada.

—Nada.

—Está bien.

El conde le tendió la mano.

El ojo temblaba de alegría al tender la suya.

—Amigos para siempre, dijo el conde, las personas de tu valor son tan nobles como los emperadores.

Joson estrechó la mano que el conde le tendía.

Francamente, de no estar de por medio su madre, aquella muestra de estimación le hubiera conmovido más que los escudos del barón Noel.

—¿Vas á Scaer? preguntó el conde.

Sí.

—¿Verás á Juan Maria?

Dentro de una hora.

—Le dirás que veré á su amo á la hora del almuerzo.

—¿Al barón Noel?

—Sí, que me espere.

Bien, señor conde.

El pobre Joson partió, dando saltos de liebre sobre la yerba llena de rocío.

No cabía en sí de gozo.

Por de pronto, había salvado á Ivona.

Y además, tenía dos amigos en vez de uno.

¡Y qué amigos!

¡El barón Bresson y el conde Hugo!

¡Parecía un sueño!

Serían las siete de la mañana.

El conde dió algunas instrucciones á la señora Toel respecto al modo de cuidar á la enferma.

—Es joven, se curará, dijo la viuda.

—Sobre todo, que nadie sepa nada.

—Pierda usted cuidado.

Ivona dormía.

El conde prometió volver cuando fuess necesario y traer lo preciso, y dejó la casita.

En Plelau estaban consternados.

No por el conde que á menudo pasaba la noche en Scaer, ó en casa de otro amigo, sin avisar á nadie, sino por Ivona que no parecía.

Habían hallado en su cuarto las dos cartas en que anunciaba su funesto propósito. No era posible la duda.

Las criadas lloraban.

—El viejo tiene la culpa,—decía Catalina cuyo corazón se sublevaba al pensar en la dureza del anciano.

Su alma sensible propendía á disculpar todas las debilidades amorosas.

El administrador se encerraba en su cuarto, y no podía dudar de la catástrofe en vista de la carta de su hija.

La conocía.

Era de su sangre.

Se sentía acosado por remordimientos y desgarradora pena.

Cuando de vuelta al castillo supo el conde Hugo la desgracia, se mostró sobrecogido por inespere-

rado golpe. Se informó minuciosamente de todos los detalles y dijo que iba á buscar á su ahijada.

Envío guardas y jardineros en todas direcciones, meros en la precisa para hallar á la joven.

Y á las diez, después de cambiar de traje y de reunir los medicamentos é instrumentos necesarios, montó á caballo y partió solo, á galope.

IX

CORAZON DE SOLTERONA.

Juan María no perdía el tiempo desde la llegada de la baronesa.

Primero, como ya sabemos, había lanzado á Josen tras de la viuda, y el cojo era un sabueso excelente. Con su ayuda, Juan María sabía cuántos pasos daba Luisa.

Pero el fiel bretón había acometido otra empresa mucho más difícil: la conquista de Luciana.

La doncella era lo que se llama una buena pájara y se mantenía á la defensiva.

Parecía refractaria al amor y enemiga del matrimonio.

Así es que Juan María abordaba esta cuestión con exquisita prudencia, pero por otros caminos avanzaba mucho en la intimidad de Luciana.

Había tratado como hábil diplomático la cuestión de intereses.

Este era el punto sensible y el flaco de Luciana.

Gracias á ciertas indicaciones de su amo, Juan María había hecho realizar á la avara sirvienta beneficios considerables.

Quizá el banquero sacaba sencillamente el dinero de la caja, pero Juan María daba á Luisa cuenta exacta de las operaciones que hacía bajo su dirección y consejo.

De aquí un comienzo de intimidad que de día en día se estrechaban y echaban raíces en el corazón de la doncella de labor, sobre la base de los servicios prestados. Aquel oriado práctico, ahorrador é inteligente en negocios, era el hombre soñado por Luciana.

A medida que aumentaba la amistad de Luciana y Juan María, el barón Noel, sin parecer ocuparse en ello, iba haciéndose lugar en el ánimo de la confidente de Luisa. Juan María elogiaba tanto la generosidad del banquero, y su deseo, á pesar de su severidad aparente, de agradar á cuantos le rodeaban, principiando por la baronesa, que el barón subía en la estimación de Luciana, y la baronesa bajaba por una especie de compensación fácil de comprenderse.

En la tarde de la siniestra escena de Langou, mientras Josen salvaba á Ivona y la libraba de una muerte segura, Juan María y Luciana paseaban por las arboledas de Scaer.